

Filosofía y utopía

1. LA CONSTRUCCIÓN SOCIAL DE LA REALIDAD

En 1967, P Berger y Th. Luckmann publicaron un libro que habría de tener gran repercusión: *La Construcción social de la realidad*. La tesis del libro es enunciada así: «La sociedad es un producto humano. La sociedad es una realidad objetiva. El ser humano es un producto social» (o.c. Amorrotu, 1972, p. 84). La relación ser humano-sociedad es, pues, dialéctica: el *ser humano es producto de una sociedad que él mismo ha creado*. Pero, en la práctica, los autores se concentran en la explicación de cómo los seres humanos construyen: 1) la realidad social como un conjunto de instituciones, y 2) el sentido y significación de esa realidad para ellos.

La construcción (social) de la realidad se produce a partir de las experiencias colectivas del grupo humano en cuestión. Esas experiencias no se quedaron en el interior de los que las realizaron, sino que se vieron sometidas a un proceso de (1) externalización y objetivación, y así se fueron *sedimentando*. Por ejemplo, los hombres primitivos aprendieron a cazar, a producir el fuego, a construir viviendas, a relacionarse entre sí...; pues bien, las hachas, los palos, las casas, los gestos y las palabras, los distintivos del mando, etc., externalización estas experiencias, convirtiéndolas en objetos visibles.

Pero la cosa no queda ahí. Las experiencias objetivadas sufren, entonces, un proceso de (2) institucionalización: son fijadas definitivamente mediante un sistema de pautas (normas, leyes, ritos) y sanciones. La objetivación e institucionalización pueden ser tales que lo que son “productos” humanos lleguen a aparecer como “cosas naturales” (reificación o cosificación).

Finalmente, el buen funcionamiento de una sociedad exige que las instituciones sean respetadas y mantenidas. Ello requiere un nuevo proceso: el proceso de (3) legitimación es decir, de explicación y justificación. Se producen así los “universos simbólicos” (según la expresión de Berger/Luckmann); por ejemplo, las mitologías o las ideologías. Finalmente, todo este mundo objetivado y legitimado es asumido por el individuo mediante la socialización: es el proceso de (4) internalización.

De modo que son los humanos los que han construido (objetivación e institucionalización) la sociedad, y son ellos los que le han dado sentido y justificado (legitimación). Pero, a su vez, la sociedad “hace” al ser humano en la medida en que éste es “socializado” (internalización) y acepta el sistema social como algo natural y legítimo. Hasta aquí Berger y Luckmann. Pero ¿qué sucede si los miembros de la sociedad —o algunos de ellos— no la aceptan y la quieren cambiar? Pues sucede que —entre otras cosas— surgirán *proyectos alternativos* que “deslegitimen” el sistema social establecido y propongan una alternativa. Pues bien, la alternativa más radical a un sistema social se llama “utopía”. Podemos resumir todo lo dicho en el siguiente cuadro:



2. IDEOLOGÍA Y UTOPIÍA

Ideología y utopía son dos conceptos contrapuestos.

“El término *utópico* se puede utilizar para todos aquellos procesos mentales que no reciben sus impulsos directamente de la realidad social, sino que los reciben de imágenes, manifestadas en símbolos, fantasías, sueños, ideas y similares, que en el sentido más amplio de la palabra *no-existen*. Desde el punto de vista sociológico, tales construcciones intelectuales pueden adoptar principalmente dos formas: son *ideológicas* si sirven a la intención de glorificar o *estabilizar* la realidad social existente; son *utópicas* cuando sugieren una actividad colectiva que intente *cambiar* de tal forma la realidad, que ésta concuerde con objetivos trascendentes a la realidad. De esta forma, el propio proceso social está íntimamente ligado con el desarrollo intelectual y la concienciación.”(L. MANNHEIM. En: A. NEUSÜSS, *Utopía*. Barral, 1971, p. 85).

Nótese que Mannheim da dos significados al término *utopía* 1) En un sentido amplio, utopía es una representación (imagen, idea, etc.) de lo no existente. Y éste es el sentido etimológico del término: *ou-tópos*, “en ningún lugar”. El término, como se sabe, deriva del título de la obra de **Tomás Moro** (1516). 2) En un sentido restringido, utopía es sólo una representación de lo no-existente que pretenda conducir a una transformación de la sociedad según ese modelo ideal. Cuando esa representación pretende conservar y justificar el sistema social existente, entonces es “ideología”. Y una advertencia más: las utopías en sentido estricto pueden ser *progresistas* (mirar al futuro); pero también *conservadoras* o *retrógradas* (mirar al pasado). Estas últimas —curiosamente— cumplen una función semejante a las ideologías.

Evidentemente, quienes pretenden la conservación de un sistema social dado procurarán el mantenimiento de una ideología y realizarán una crítica de las utopías. A la inversa, quienes pretenden transformar la sociedad elaborarán un pensamiento utópico y criticarán las ideologías. De modo que tenemos: 1) Pensamiento conservador: ideología y anti-utopía. 2) Pensamiento radical o progresista: utopía y contra-ideología. Tenemos que precisar tres aspectos de la utopía: 1º) En qué consiste el *pensamiento* utópico. 2º) El problema de su “*imposibilidad*” 3º) Qué *concepción de la realidad* subyace en él.

1º El pensamiento utópico. “En realidad la utopía tiene dos aspectos: por una parte representa la *crítica* de lo existente; por otra, la *propuesta* de aquello que debería existir” (M. Horkheimer). Esto parece bastante claro, por lo que no es necesario insistir más. — Resultará, en cambio, muy esclarecedor el que añadamos: el pensamiento utópico es *un método*. Y el método utópico puede definirse como «experimentación mental de posibilidades». Como es sabido, algunos científicos —por ejemplo, Galileo o Einstein— hicieron muchos de sus experimentos sólo mentalmente, no en la realidad. Lo mismo hace el pensador utópico:

«El método utópico pertenece por su naturaleza al campo de la teoría y de la especulación. Sin embargo, no busca, como la teoría en el sentido tradicional, el conocimiento de aquello que existe, sino más bien se trata de un ejercicio o de un juego con las posibles ampliaciones de la realidad. [...] Entender un hecho o un suceso significa penetrar en él, sin dispersarse, sin tomarlo como algo absoluto e inalterable. También es ver las posibilidades paralelas. Se entiende una cosa tan sólo cuando se piensa al mismo tiempo en toda la escala de posibilidades relacionadas con ella» (R. RUYER, *E/método utópico*. En: A. NEUSÜSS, *oc.*, p. 151).

Este método se parece mucho a las hipótesis de la ciencia, los mismos científicos elaboran a veces hipótesis que parecen verdaderas utopías; es el caso, por ejemplo, de las geometrías no-euclídeas (espacios de más de tres dimensiones no rectilíneas).

2º ¿Es la utopía “un imposible”? Si así fuera, parecería inútil entretenerse en elaborar utopías; y sería irresponsable ofrecerlas a los demás. Pero no toda utopía se presenta como un

imposible (aunque algunas, sí). Y sobre todo, es difícil saber cuáles son los límites de lo posible. He aquí lo que dice Rousseau: «Cuando quieren hablar de un país fantástico, se cita con frecuencia la institución de Platón; mucho más quimérica me parecería la de Licurgo si nos la hubieran dejado solamente en un escrito» (*Emilio*, 1). Maquiavelo es, por excelencia, el pensador anti-utopista:

«Siendo mi intención escribir algo útil para el lector, prefiero seguir el camino de ir directamente a la verdad de la materia que a la imaginaria representación de la misma. Muchos han imaginado Repúblicas y principados que ni vieron nunca ni existieron en realidad. Hay, en efecto, tanta distancia entre cómo se vive y cómo se debería vivir que aquel que abandona lo real centrándose en lo ideal camina más hacia su ruina que hacia su preservación, pues el hombre que pretenda hacer en todos los sentidos profesión de bondad fracasará necesariamente entre tanto bellaco». En consecuencia, Maquiavelo recomienda al gobernante: «No tema caer en la infamia de aquellos vicios sin los cuales difícilmente puede salvar su Estado, pues si bien se mira habrá cosas que pareciendo virtudes significarán, si las observa, su ruina; y otras cuya apariencia es de vicio y cuya observación le proporcionará, empero, bienestar y seguridad» (*El Príncipe*, XV)

Sin duda, Maquiavelo hace bien en decir que no hay que pensar que se vive en un mundo ideal; pero su antiutopismo conduce —parece— al inmoralismo de la pura y cruda aceptación de lo que hay y lo que se hace. Compárese, en cambio, con lo que dice un filósofo moral como fue Kant:

«La *República* de Platón se ha hecho proverbial como supuesto ejemplo sorprendente de perfección soñada, la cual sólo puede asentarse en el cerebro de un pensador ocioso. Brucker cree ridícula la afirmación del filósofo según la cual nunca regirá bien un príncipe que no participe de las ideas. De todas formas, en vez de dejar a un lado como inútil este pensamiento con el mísero y contraproducente pretexto de ser impracticable, sería más oportuno tenerlo más en cuenta e iluminarlo (allí donde el gran filósofo nos deja desamparados) con nuevos esfuerzos. [...]

La idea que presenta un *máximum* como *arquetipo* es plenamente adecuada para *aproximar* progresivamente la constitución jurídica de los seres humanos a la mayor perfección posible. En efecto, nadie puede ni debe determinar cuál es el *supremo grado* en el cual debe detenerse la humanidad, ni, por tanto, *cuál es la distancia que necesariamente separa la idea y su realización*. Nadie puede ni debe hacerlo, porque se trata precisamente de la libertad, la cual es capaz de franquear toda frontera predeterminada» (*Crítica de la razón pura*, A 316-317. Las cursivas son nuestras).

La postura de Kant será definitiva para la concepción posterior de la utopía. Las ideas, en este caso, las ideas utópicas, poseen un carácter “regulativo”, es decir, guían al ser humano acerca de lo que se *debe hacer*, o al menos, acerca de lo que se debe intentar. Las utopías son ideales morales de la Humanidad, a los que ésta no puede renunciar. Si no, no le quedará más guía que la experiencia ordinaria de lo que se hace. «Es muy reprobable el tomar las leyes relativas a lo que se debe *hacer* de aquello que se *hace* o bien imitarlas en virtud de esto último» (ibid., A 319). Porque ¿quién tiene derecho a poner límites a lo que puede la libertad humana?

Desde luego, las utopías no son, generalmente, susceptibles de una realización “tal cual” e inmediata: tal fue el reproche de Marx contra los que llamó “socialistas utópicos”. Pero sí sirven para estimular los esfuerzos de la Humanidad hacia su progresiva mejora. Como ejemplo, una utopía —*Oceana* (1656), de J. Harrington— inspiró la Constitución de los Estados Unidos de Norteamérica.

3º Utopía y concepción de la realidad. El pensamiento anti-utópico presupone *una ontología* (concepción de la realidad, de lo que de hecho existe): identifica lo que *puede ser* con

lo que de hecho es y convierte este *ser* actual en lo que *debe ser*, puesto que no hay otras posibilidades. Dicho de otra manera: hay lo que hay, y eso es todo; sólo se puede hacer lo que siempre se ha hecho, y eso es lo que se debe hacer. O también: la esencia del mundo y del ser humano, está en el pasado, en la conservadora inmovilidad. En consecuencia nada puede hacerse por cambiar lo que es así, ha sido y será.

Contra este pesimismo antropológico, **Ernst Bloch** (1885-1977) ha desarrollado *una nueva ontología* que dice: “La esencia del mundo no es la preteridad; por el contrario la esencia del mundo está en el frente” (El *principio esperanza*. Aguilar, vol. 1, p. XXVIII). Lo real no es algo terminado sino un proceso siempre inacabado. Si ni siquiera la naturaleza resulta fija y acabada de una vez para siempre, puesto que vemos cómo evoluciona, menos todavía el mundo humano. La sociedad y su organización, así como las leyes que la rigen, sean éticas o políticas, sólo puede ser entendida desde categorías como “lo que está en frente”, “lo nuevo” o “lo último”

Pero no solamente la sociedad, sino que la vida humana completa es incomprendible y sobre todo invivible sin una actitud concreta del ser humano ante el mundo, que Bloch llama: “esperanza”. Concretada en los sueños y deseos, en los proyectos vitales y cada acción de la vida cotidiana, la esperanza es el motor que impulsa a todo humano a continuar su existencia con ilusión y con sentido. Sabemos que en la recuperación de un enfermo las ganas de vivir son decisivas para vencer la enfermedad. En los campos de la muerte, solamente quienes mantenían la esperanza de ser liberados eran quienes sobrevivían. Incluso el sacrificio de quien ya lo ha perdido todo cifra su esperanza en mejorar la situación de sus hijos o seres próximos. En suma, necesitamos confiar en un futuro y en la confianza de que es mejorable.

Decía **Luis Cencillo** (1923-2008) que el ser humano es un ser **desfondado** porque la naturaleza no le ha dotado de un repertorio de instintos y reglas biológicas para organizar su vida, su sociedad y saber cómo actuar. Es decir, no le ha dado ese fondo, y en cambio debe apañárselas con el margen de libertad que nace justamente de esa peculiar situación de nuestra especie (el desfondamiento). Consecuencia de ello resulta la necesidad de orientar nuestra vida, somos desorientados a diferencia del animal que no lo necesita porque ya tiene la vida hecha. Esta búsqueda de orientación hace que lo más importante de nuestra vida, aquello que le da sentido y orientación, esté fuera de nosotros mismo, es decir, somos **excéntricos** (en sentido literal, con el centro fuera de nosotros). Centro que hemos de ir construyendo, no existe, sino como resultado de nuestra acción dirigida a lograr lo que deseamos. Así vamos construyendo el futuro, eso que todavía no existe, pero que nos atrae hacia sí con fuerza irrefrenable. Por ello podemos decir que el hombre vive **colgado del futuro**. Esas metas, ese “todavía no” al que aspiramos, origina que nos imponemos como un deber las acciones para conseguirlo, naciendo así las normas éticas y las políticas, llamadas por este autor la **praxis** humana.

En suma, sin futuro, sin esperanza, nuestra especie pierde el sentido de su vida y su mismo ser, lo cual explicaría la necesidad de evasión a través de adicciones, como las drogas, el juego (ludopatías), videojuegos, consumismo, la fama, ... todos ellos mecanismos compulsivos de compensación de la falta de sentido. Y, en otros casos, cada vez más frecuentes en la cultura occidental, los suicidios (a veces precedidos de horribles matanzas indiscriminadas, porque se culpabiliza a los otros de mi ausencia de sentido vital). En consecuencia, la esperanza en un futuro ideal, una utopía, donde las situaciones de injusticia, explotación e inhumanidad del presente se solucionen ha sido y sigue siendo una necesidad vital para nosotros. Como dijo **Jankélévitch** “para el humano vale menos la vida que las razones para vivirla”